

EL TRACTOR 5.000

La Estadística es ciencia moderna, y pone en números la vida del hombre. Sólo contando y numerando se puede saber que a una población le ha nacido el ciudadano tres millones; la lavadora mágica que acarrea un premio porque en ella culminan centenares de miles de lavadoras; que el turista un millón es exactamente aquella sueca que está bajando por la escalerilla del avión -¡cuidado, no el señor calvo del peldaño siguiente!- sin sospechar que la están esperando con flores y fotógrafos... Todo esto alegra la vida del hombre de nuestro tiempo, haciéndole vivir en una perpetua opción, jugador tácito de una incesante lotería. Y por lo mismo, las cifras redondas, las terminadas en ceros, ahora nos las representamos resplandecientes. A veces no existe la manera práctica de ayudarse, o habría que montar un espionaje costoso: por ejemplo, para acertar como visitante distinguido de la torre Eiffel. Pero en otras el recuento es público y proporciona una novísima picaresca. Entiendo poco de partos (ni siquiera he visto «Helga, el milagro de la vida») e ignoro si una mujer voluntariosa puede retrasar o adelantar ciertos acontecimientos con vistas a tener por padrino al alcalde; aunque sí conozco las inquietudes y argucias de los compradores de coches nuevos, a la caza de una matriculación llamativa.

Pero aquí vale la pena hacer estación, porque el automóvil es tema inevitable. Como podrían atestiguar las Jefaturas de Tráfico y las gestorías, hay quien no se contenta con la posesión del utilitario y aspira a que le coloquen una placa de sensación. No nos escandalicemos por un afán de notoriedad que corresponde a la naturaleza humana. Conseguir el coche 50.000 de tal capital de provincia, como el 800.000 de Madrid o Barcelona, supone salir en los periódicos y en la televisión, ser personaje en la oficina o el taller, incluso recibir obsequios, aunque sean interesados por propagandísticos: suplementos, embellecedores, una radio...; o ese enternecedor consejo pequeñoburgués: «Papá, no corras, te esperamos». Quizá tales gajes lleguen a pagarse en multas, porque una cosa es que un guardia tenga que sacar la libreta y apuntar el 469.871 y otra mucho más fácil el recordar durante todo el día que el 400.000 se saltó un semáforo. Pero qué sería de nuestro vivir si siempre tuviéramos delante los riesgos. Esto, por lo que se refiere al individuo. ¿Pero qué decir de los sentimientos de toda una comunidad? En los trenes solían plantearse discusiones interminables sobre qué capital vale más, Madrid o Barcelona; si Granada con su

Alhambra o Córdoba con su Mezquita; si es más bonita la catedral de Burgos que la de León. Ahora, por menos de nada, se va al dato que pone punto final a, las argumentaciones: «Pero vamos a ver, ustedes, en Zaragoza, ¿por qué número andan de matriculación?» Y cuando el maño responde, a lo mejor tiene que oír un displicente:

«Ah, bueno» Hace un par de años, en Teruel, un fugitivo de la autoridad le colocó una placa apócrifa al vehículo con que escapaba. Le puso la «T» y la «E» que identifican a la tierra de los Amantes, y a continuación un veintitantos mil combinado al azar. Los motoristas vieron pasar el coche y quizá se alegraron del desarrollo provincial durante una fracción de segundo, pero debieron de pensarlo mejor y arrancaron a todo gas hasta capturar al falsario. La gente comentaba que había que ser tonto, no saber que Teruel andaba todavía por las cuatro cifras. Yo me quedé pensando que a lo mejor no había sido tontería, sino vanidad, patriotismo de patria chica. Y poco importa que el alto número en un coche sea representación gráfica de todo un problema: escasez de espacio, peligros crecientes, ruidos, envenenamientos de la atmósfera. Una población, como un individuo, apenas lo piensa si se trata de presumir. Y se ven cosas así: el orgullo con que un alcalde, al mostrar a los visitantes la prosperidad de su villa, exclamaba: «Fíjense ustedes, incluso tenemos zona azul»

Yo he contemplado siempre con reservas estos maratones, como las celebraciones milenarias y redondas. Pero ahora se presenta una noticia sobre la que no me cuadra la menor severidad. Diría, incluso, que todo lo contrario. En una provincia del interior se ha llegado al número 5.000 del censo de tractores agrícolas. Ignoro si en relación con otras circunscripciones o con otros países este número es importante o sólo discreto. Pero lo cierto es que su consecución ha sido celebrada, y la máquina, incluso, asperjada con agua bendita. Y esta sí que me parece una ocasión seria. Las ciudades están que no caben en ellas los coches; y pronto, muy pronto, tampoco cabrá un ciudadano más. En cambio, ancha es Castilla, quiero decir el campo entero de España. Yo creo que no perderíamos nada con que Madrid -por ejemplo- renunciara a esa meta ya próxima, el coche 1.000.000, a cambio de que los tractores de las provincias se multiplicasen por diez. Los tractores... y los brazos para gobernarlos.

Antonio PEREIRA